

# ¿QUIÉN ES ELLA?

COMEDIA EN CINCO ACTOS

REPRESENTADA POR LA PRIMERA VEZ EN EL TEATRO ESPAÑOL EL DÍA 7 DE DIOCIEMBRE DE 1849 (1)

## PERSONAS

LA CONDESA.  
ISABEL.  
DOÑA MENCIA.  
EL REY.  
QUEVEDO.  
GONZALO.

MARTÍN.  
EL ALCAIDE.  
DON ÁLVARO.  
DAMAS.  
UJIERRES.  
GUARDIA.

La acción se supone en Madrid, año de 1645.

## ACTO PRIMERO

Sala en casa de la condesa. Puerta en el foro, que es la principal: otra lateral á la derecha: otra á la izquierda. Mesa de escritorio.

### ESCENA PRIMERA

GONZALO

(Sentado á la mesa de escritorio.)

Otra carta, y es la última,  
Al arrendador Ambrosio  
García. — Cansan, aburren

Tantas horas de escritorio. —  
Hoy no he visto todavía  
Á la que es luz de mis ojos,  
Y ausente de su hermosura  
No vivo, ó vivo en un potro.  
La condesa...

### ESCENA II

GONZALO, QUEVEDO

Quev. Perdonad.

(Entrando.)

Señor mío, si me tomo  
La libertad...

(1) Mucho dió que hablar y discurrir, no sólo en los círculos literarios, sino entre los meros aficionados á los espectáculos dramáticos, y aun entre muchas personas que sólo tienen noticia de ellos por los anuncios de los diarios, el rigoroso incógnito que el autor de esta comedia guardó hasta concluida la primera representación

Gonz. Caballero.  
(Levantándose.)  
¡Cielos, qué veo!...  
Quev. Este mozo...  
Si, es Gonzalo.  
Gonz. ¡Don Francisco  
De Quevedo!... ¡Dios piadoso!...  
¡Tanta dicha!... Permitted

Que á esos pies...  
Quev. No me conformo.  
Mis brazos están más cerca.  
(Le abraza.)  
Gonz. Yo los recibo con gozo  
Y con orgullo.  
Quev. Á tu padre  
Retrata fiel ese rostro

No lo hizo, sin embargo, por el pueril deseo de singularizarse, ni por dar más importancia á su obra cubriéndola con el velo del misterio. Parecía abusiva y perjudicial la costumbre contraria; esto es, la de apresurarse la prensa periódica á hacer constar quién ha escrito un drama cuando todavía está en borrador, y tal vez cuando apenas se ha bosquejado el plan. Pensaba — ¡y qué hombre sensato no será de su opinión! — que si esto no es de aprobar cuando el interesado no lo autoriza, lo es mucho menos el prevenir el juicio del público con alabanzas intempestivas que, por lo regular, comprometen más que favorecen, ó con censuras que no prueban mucho amor al prójimo de parte de quien tan oficiosamente las anticipa. El autor de *¿Quién es Ella?* tenía además motivos particulares en aquellas circunstancias, y aun antes, para desear que siquiera una producción suya se juzgase por lo poco ó mucho que intrínsecamente valiera y sin preocupación alguna favorable ó adversa respecto del individuo, ni de su escuela ni de sus antecedentes. El drama no es en su totalidad del género en que más habitualmente se había ejercitado, y esta era otra razón que le movía á presentarlo anónimo; y hasta el título *¿Quién es Ella?* sugiriéndole naturalmente la idea de otra pregunta análoga, la de *¿Quién es Él?*, le confirmó en su inocente propósito.

En las varias lecturas, tanto oficiales como privadas, que de esta hija expósita de Talía se hicieron merecido encomios á que su pobre sigiloso padre no estaba tiempo había muy acostumbrado; encomios harto superiores al mérito de la criatura; y es que sin duda lo suplía para excitar un interés desusado su cualidad de huérfana abandonada y desvalida. Y en verdad que no se la tuvo por de baja extracción. Ningún padre se le atribuyó que no fuese ilustre en el Parnaso español contemporáneo, salvo el verdadero, á quien alguno acertó á aplicarla por completo, y muchos, — esto era forzoso, — achacaron una parte de ella: lo cual, y el figurar en la acción como personaje muy principal *don Francisco de Quevedo*, hacia recordar aquel su famoso romance *Yo el menor padre de todos los que hicieron ese niño*, etc. « En esta letrilla, decían, en esas quintillas, en aquella escena se ve la mano de *Bretón*; pero esta situación interesante, estos endecasílabos filosóficamente tiernos... no pueden ser de su cosecha: he aquí la pluma de H...; — este diálogo conceptuoso, incisivo, es evidentemente de R...; — y ¡á quién se oculta el estilo de V..., su buen gusto y su tacto dramático, en más de un rasgo, en más de una peripecia...? » El autor, á cuya noticia llegaban estos juicios, y que muchos de ellos hubo de presenciar, por no hacerse sospechoso con su ausencia, veía muy satisfactoriamente cumplida una parte, la más importante de su designio pero sufría indecibles angustias y tormentos, y no comprende cómo no le denunció su semblante; cómo no le acusaron hasta las palabras mal estudiadas con que negaba toda participación en la confección de la obra; porque seguramente si de algo peca, no es de falta de sinceridad y sobra de cautela y disimulo. No era por cierto la menor porción ni la menos celebrada de la tarea la que sin disputa y casi unánimemente se le adjudicaba; pero al ver que de otras se le negaba la paternidad, tuvo que hacerse suma violencia para no protestar contra semejante decisión, y recordar que en su larga carrera creía haber mostrado que, si en general y á fuer de poeta cómico, había propendido con preferencia á hacer reír, no le eran desconocidos otros resortes del humano corazón; que no sin fruto había en ocasiones procurado hablar de otro modo que con chistes dialogados al alma y á la imaginación de los espectadores; que no hacía en algunas escenas de *¿Quién es Ella?* su primer ensayo de *discreto* quien ya lo había manejado con aceptación en otras muchas, y aun en comedias enteras; que ni en lo sentimental, ni en lo pintoresco, ni en lo patético, ni aun en lo terrible, probaba por primera vez sus fuerzas; y últimamente, que bien podía ser *único autor de ¿Quién es Ella?*, no obstante la diversidad de tonos á que su argumento convida, el que, si había producido comedias como *Un tercero en discordia*; *Un novio para la niña*; *El amigo mártir*; *El pro y el contra*; *Un día de campo*; *Dios los cria y ellos se juntan*, y otras muchas de esta clase, también había dado á luz *Elena* y *Don Fernando el Emplazado*; *Ella es Él* y *Finezas contra desvíos*; *Muèrete y verás* y *El cuarto de hora*; *La Independencia* y *La Batelera de Pasajes*.

¿Y qué diremos de las tretas que se pusieron en juego para sorprenderle ó arrancarle su secreto? ¿Qué de las interpelaciones con que á cada paso se le acometía? Fatigado, aburrido, se hubiera cien veces *espontaneado*, á no temer que luego se le tildase de poco firme en su resolución, y á no haberle animado con sus consejos y sus ejemplo á perseverar en ella los señores *don Ventura de la Vega* y *don Juan Eugenio Hartzenbusch*, sus únicos confidentes; el primero en calidad de comisario regio del Teatro Español, y el segundo en la de representante del autor para el repartimiento y ensayos de la comedia.

En obsequio de la brevedad, y por otros respetos, se suprimen muchos incidentes que no dejaron de ser curiosos, ni de contribuir á que el poeta se arrepintiese de tan improba tentativa, y diese á mil diablos el momento en que se le ocurrió. Pero no es para omitida la mayor de las penalidades que por consecuencia hubo de imponerse; la de asistir *coram populo*, en un palco (que pagó, por supuesto) á la primera representación; ¡él, que cuando se estrena alguna composición suya no encuentra rincón bastante tenebroso y oculto donde esconderse para esperar allí el fallo del auditorio!... Suplicio fué aquel que no bastarían á resarcir todas las ovaciones del mundo; y si el autor afirma que cuando se le nombraba por fin en la escena, y benévolo los oyentes instaban

Juvenil : al tierno amigo

Que vivo amé, y muerto lloro.

*Gonz.* Si vos la floráis, señor,  
¿Qué haré yo huérfano y solo?...

*Quev.* Ese no, mientras yo vivo. —

Mas, aunque me huelgo y honro

De verte aquí no he venido

Con semejante propósito.

Yo no te hacía en Madrid...

*Gonz.* Empeñé el viaje más pronto

De lo que había pensado.

No bien sacudido el polvo,

Os busqué; pero sin fruto.

« Astro luciente del trono

De Felipe, apenas sale

De palacio y sus contornos »,

Me dijeron, y...

*Quev.* Es verdad.

Felipe, que es generoso,

Justo, apacible, magnánimo

Cuando obedece á sus propios

Instintos, hoy que ya libre

Se ve del yugo ominoso

Del funesto Conde-Duque,

Ruina y baldón de su solio,

Desagraviarme pretende

Del no merecido encono

Con que en mis ancianos días

Me ha perseguido el sañoso

Privado. Yo que, no ha mucho,

Gemía en un calabozo,

Calumniado, enfermo y pobre,

Hoy nadaría en un golfo

De honras y bienes, si fuera

Mi corazón ambicioso.

Mas quien jamás codició

Grandezas que engendran odios

Y sobresaltos y crímenes

Y escarmentos, sandio y loco

Sería si tal hiciera

Cuando tiene un pie en el hoyo.

Y no obstante la seráfica

Modestia de que blasono,

Héme aquí hecho un palaciego.

El rey, á mi ruego sordo,

De la libertad me priva

Por que suspiro y sollozo.

No se halla sin mí, y abruma

Mis harto frágiles hombros

Con su real benevolencia.

No sé, Gonzalo, si logro

Tanta distinción á título

De amigo; pero es notorio

Que más barato que yo

No lo ha de hallar en el globo.

Ni pediguño le canso

Ni le atosigo oficioso. —

Ó acaso tanto favor

Debo á ser hijo de Apolo;

Que también su majestad

Emplear suele sus ocios

En hacer versos, tal vez, —

Y esto quede entre nosotros, —

No tan buenos como augustos.

Ni será extraño tampoco

Que por su bufón me tenga. —

¡ Dicen que soy tan gracioso !...

Mas volviendo á ti, querido

Gonzalo, no te perdono

No haber tomado hospedaje

En mi casa.

*Gonz.* Soy tan corto...

*Quev.* La cortedad es bobada,

Y en Palacio sobre todo.

Fray Modesto nunca asciende

Á prior de San Jerónimo.

¡ Ni haberme escrito dos letras

Diciéndome cuándo y cómo

Te habría de hallar! Al punto

Hubiera hecho yo de modo

por que se presentase en ella, él se encerraba en su casa calenturiento y convulso, no dirá más ni menos que la pura verdad. ; Y hubo todavía quien acriminase su reserva, que en último resultado á nadie sino á él mismo había de perjudicar! ; Hubo censuras, y sarcasmos y pullas contra un acto, ya que no de laudable modestia, al menos de legítima previsión, cuando impunemente se suele con frecuencia pecar en el extremo contrario! Si con su incógnito podía esperar el poeta que algunos de sus encarnizados y sistemáticos enemigos dejaran de serlo por espacio de algunas horas, ¿ no se privaba de la predisposición favorable de los muchos que le honran con su amistad? La misma curiosidad tan vivamente excitada ¿ no había de causar alguna distracción á espectadores no habituados á que en esta parte se tarde tanto en satisfacerla hasta la saciedad? Y, como fundadamente lo apunta el señor *Hartzenbusch* en su prólogo á la presente colección, esa curiosidad ¿ no había de redundar en detrimento del mayor interés con que sin ella se hubiera oído el drama? Al paso que la conducta del autor fué por algunos tan severamente calificada, otros, que no le quieren mal, sintieron que no siguiérase callando *siquiera quince días más*. — Pero él declara que está muy cordialmente pesaroso de haber osado introducir tan impertinente y subversiva novedad en la república de las letras, y jura que no volverá á gravar su conciencia con tan enorme delito.

La mayoría de los periódicos juzgó después la comedia más ó menos favorablemente; otros la trataron sin misericordia: todos estuvieron en su derecho; y el autor, que no gusta de entablar polémicas en defensa de sus escritos, nada nuevo podría añadir á los notables artículos que su buen amigo el señor *don Manuel Cañete* publicó á la sazón en el *Heraldo*, desvaneciendo todos los cargos aducidos contra *¿Quién es Ella?*, y tanto y e tal modo que, aun más que docta refutación, fué la suya apasionada apología.

Que me vieras en mi casa,

Ó en la del rey, sin estorbo,

Á todas horas del día. —

Pero, si no me equivoco,

Tal está mi buen Gonzalo

Que no ha menester patronos.

No te aconsejo que trueques

Por el triste dormitorio

Y parca mesa que puedo

Yo ofrecerte, estos suntuosos

Salones. — ¿Eres, — perdona

Mi extraño interrogatorio, —

Pariente de la condesa,

Ó su agente de negocios?

*Gonz.* Soy su criado. La suerte

Me deparó este acomodo.

*Quev.* Y no en oficios mecánicos

Que puedan darte sonrojo

Te ocupa, por lo que veo.

¡ Bien! Es dama de alto bordo,

De esclarecido linaje

Y de pingüe patrimonio,

¡ Y con favor en la corte!

Como que ejerce el honroso

Cargo de aya de la infanta.

Si la entraste por el ojo

Derecho.

*Gonz.* Preferiría,

Ya que servir me es forzoso,

Servir á su majestad.

*Quev.* Como cuestión de decoro

Lo apruebo; mas tan lucido

No estarás y tan orondo

Como ahora, si dependes

De las arcas del tesoro;

Que, si algo dejan en ellas

Asentistas codiciosos

Y validos insolentes,

Se gasta en cañas y toros. —

¿ Pides algo al rey?

*Gonz.* Mi padre

Le ha servido con heroico

Valor. Murió en Portugal

Herido de aleve plomo;

Y apoyándome en sus méritos,

Ya que no puedo en los propios,

Pido la contaduría

De alcabalas de Logroño;

Mas no espero...

*Quev.* ¿ Por qué no?

Para destino tan módico

Presumo que bastará

El influjo de que gozo.

Mejor te lo ofrecería,

Á fe de amigo y de prójimo;

Pero yo no soy ministro

Ni con ministros me rozo,

Sino poeta, y poeta

Que no, como suelen otros,

Me alimento de ficciones

Y de figuras y tropos,

Sino que hago profesión

De decir sin circunloquios

Por escrito y de palabra

Verdades de tomo y lomo.

¡ Así estoy yo de medrado!

Camino tan escabroso

No allana, Gonzalo amigo

La cumbre del Capitolio.

Pero á tal corte has llegado

Y en tiempo tan delicioso,

Que para ti, apuesto joven,

Bien nacido y nada bobo,

Pueden ser flores risueñas

De la vida los abrojos.

Si un día Marte, hoy es Venus

El astro que aquí... Á propósito :

¿ Tienes ya empleo en Madrid?

Hablo de empleo amoratorio.

*Gonz.* Tal vez.

*Quev.* ¿ Y qué corazón,

Si no es de piedra ó de corcho,

No paga en Madrid tributo

Á Mundo, Carne y Demonio?

Gonzalo, el mar de la corte

Está erizado de escollos.

Las Circes y las sirenas

Bogan armadas en corso

Á caza...; ellas dicen de almas;

Yo, del vellocino de oro;

Y más que Ulises sagaz

Y muy experto piloto

Ha de ser el que no sea

De su despejo despojo.

Mas no todas son del gremio

De Santo Tomás apóstol :

También *Dante* tiene alumnas...

Que ya pasan del otoño. —

¿ Te ries? No aludo á tu ama,

Que no soy tan malicioso.

Ni de ella puede decirse

Lo de « á un descosido un roto »,

Que es dama de muchas prendas...

Y está en el segundo tomo

De la hermosura; es decir,

Si no en su mayo, en su agosto.

*Gonz.* ¡ Siempre maligno y zumbón !...

*Quev.* El mundo es jaula de locos,

Gonzalo mío, y prefiero,

Filósofo por filósofo,

Á lagrimones de Heráclito

Carcajadas de Demócrito. —

Pero háblame con lisura :

¿ Te mira con buenos ojos

La condesa?

*Gonz.* Cada día

Me da nuevos testimonios  
De su extremada bondad,  
Soy su indigno mayordomo,  
Su secretario, tal vez  
Su amigo...

*Quev.* Ya : su *factotum*...  
Di de una vez, soy su amante,  
Y *finis coronat opus*.

*Gonz.* No merezco tanto honor.  
*Quev.* ¿Por qué no? Dios poderoso  
Á los pobres y á los ricos  
Nos formó del mismo lodo.

*Gonz.* Ni, dado que yo inspirase  
Sentimientos amorosos  
Á tan ilustre señora,  
Correspondiera...

*Quev.* (¡ Es neófito !...)

Déjate querer.  
*Gonz.* Habría

De sacrificar...  
*Quev.* ¡ Qué oigo !

*Gonz.* Á sus favores...

*Quev.* ¿ La hacienda ?

Antes saldrías de ahogos  
Con la suya. ¿ La honra acaso ?  
No veo ningún desdoro  
En ser conde. ¿ La conciencia ?  
No es pecado el matrimonio ;  
Antes será expiación  
Si, como opinan los doctos,  
Se pasan con él en vida  
Las penas del purgatorio.

*Gonz.* No es eso...

*Quev.* ¡ Ah..., la libertad !

¡ Bien, hijo ! Apruebo y encomio  
Esa altiva independencia  
Digna de un ánimo estoico.  
No te esclavices jamás,  
Gonzalo, á ese lindo monstruo  
Que llaman mujer. Sé libre...

*Gonz.* Ese sería mi voto,  
Si ya un dulce cautiverio  
No me hiciera venturoso.

*Quev.* ¿ Qué dices, incauto joven ?

¿ Amas... ?  
*Gonz.* Sí, señor, adoro

Con firme y casta pasión  
Á una mujer...

*Quev.* Ya supongo.  
*Gonz.* Bien nacida...

*Quev.* Pero ¿ pobre  
Como tú ?

*Gonz.* Sí, los dos somos  
Huérfanos...

*Quev.* ¡ Muy bien ! Será  
La gloria vuestro consorcio ;  
Y si con mutuos requiebros  
No dais calor al estómago,

Al menos nada tendréis  
Que echaros el uno al otro  
En cara.

*Gonz.* ¡ Es un ángel !  
*Quev.* ¿ Sí ?

*Gonz.* Y á la hermosura del rostro  
Aun excede la pureza  
Del alma. El cándido copo  
De la nieve, el aura suave  
Que halaga al tierno pimpollo,  
No son...

*Quev.* Ya entiendo. Suprime  
El idilio obligatorio.

¿ Quién al hablar de su amada  
Escasea los piropos ?

Cuando una mujer nos flecha  
Tenemos la vista todos,

Para sus gracias, de lince ;  
Para sus faltas, de topo.

Pero si os queréis los dos,  
Y, ella modesta y tú sobrio,

Tú por un palmo de cara  
Dejas todo el territorio

De un condado ; y ella siendo  
Tan bella — ¡ raro fenómeno ! —

Se resigna á ser consorte  
De un alcahalero, *Dóminus*

*Vobiscum*. — Voy ahora mismo  
Á hacer que despachen pronto

Tu memorial. Ve mañana  
Á Palacio...

*Gonz.* ¡ Ah ! Yo me postro...

*Quev.* ¡ Quieto ! — Á las once.

*Gonz.* Está bien.

*Quev.* Emplearé más gusto  
El tiempo en obsequio tuyo

Que en los frívolos coloquios  
De una visita de pura  
Etiqueta ; que á esto sólo  
Venía.

*Gonz.* Sois mi segundo  
Padre.

*Quev.* ¡ Oh ! sí.  
*Gonz.* Mi ángel custodio.

*Quev.* Basta. ¡ Adiós !

(*Vuelve á abrazarle.*)  
*Gonz.* Guárdeos el cielo.

*Quev.* (¡ Pobre mozo ! ¡ Pobre mozo !)  
(*Yéndose.*)

## ESCENA III

GONZALO

¡ Se burla de mis amores !  
Achaque de años mayores.

Si osara...

*Cond.* (¡ Qué sencillez !)  
Sabéis que yo no os confundo  
Con la mercenaria grey  
Que me sirve.

*Gonz.* Agradecido,  
Al cielo ruego que os dé  
Largos días de ventura  
Y...

*Cond.* Mil gracias. Ahora bien,  
La causa de mi tardanza  
No ha sido ningún cruel  
Accidente...

*Gonz.* ¡ Ah ! Sea Dios  
Loado y bendito...

*Cond.* ¡ Amén !  
(¡ Cielos ! ¿ es esto cariño,  
Ó cristiandad..., ó sandez ?)

Más de lo que yo esperaba  
Hoy me ha detenido el rey.

*Gonz.* Yo tengo ya despachado  
Todo el correo de ayer.  
Sólo falta...

*Cond.* Bien ; no hay prisa.  
*Gonz.* Podéis firmar, si queréis,

(*Acercándose al escritorio.*)

Estas cartas...

*Cond.* ¿ Urgen mucho ?

*Gonz.* No.

*Cond.* Firmaremos después.

*Gonz.* Pues si licencia me dais...

*Cond.* Bien : id con Dios.

(*Después de vacilar un momento.*)

(*Se sienta.*)

*Gonz.* (¡ Oh Isabel !)

*Cond.* (Evitemos el peligro...)

*Gonz.* La firma ¿ á qué hora... ?

*Cond.* Á las tres.

*Gonz.* El cielo os guarde.

*Cond.* (¡ Ah, no puedo !...)

El alma se va tras él.)

Oíd...

(*Gonzalo vuelve.*)

Quiero consultaros  
Un negocio de interés...

Si no os molesto.

*Gonz.* Señora,

Nunca á mí... (¡ Cómo ha de ser !)

*Cond.* (Sondearé su corazón.)

*Gonz.* ¿ Sobre el soto de Aranjuez ?

*Cond.* No. Más arduo es el asunto. —

Pero ¿ por qué estás de pie ?

*Gonz.* El respeto...

*Cond.* ¡ Oh !... Bien pudiera

(*Impaciente.*)

El que en la corte es novel,

Por sobrado respetuoso

Su corazón está yerto,  
Y es predicar en desierto  
Pedir al invierno flores.

Mas mudará de opinión  
Quizá, que al fin es discreto,

Y aprobará mi pasión  
Cuando vea el dulce objeto  
Que me abrasa el corazón.

¿ Qué es el ajado oropel,  
Qué es el orgulloso porte,  
Y la envenenada miel

De las damas de la corte  
Al lado de mi Isabel ?

¿ Son por ilustres más bellas  
Algunas que en las estrellas

Ponen las ejecutorias ?  
Pergaminos son sus glorias...

Y pergaminos son ellas.  
Amor manda que me rinda

Á la que en el sí y el no  
Desnuda el alma me brinda,  
Y sólo sabe que es linda

Porque se lo digo yo.

En dulce conformidad  
Para uno nos hizo Dios,

Y á tanta felicidad  
Nos llama hasta la orfandad

En que gemimos los dos.  
Así con igual ternura

Nos dió la naturaleza  
En la común desventura

El crisol que nos depura  
De toda humana flaqueza.

Así el amor que á tus pies  
Juro, y pagas tú, alma mía,

No es una vil mercancía  
De que el sórdido interés

Hace torpe granjería.  
Sólo así viva la llama

Se alimenta y sin perfidia ;  
Porque desigual la dama,

Cuando pide nos fastidia  
Y cuando da nos infama.

## ESCENA IV

GONZALO, LA CONDESA

*Cond.* ¡ Don Gonzalo !  
*Gonz.* (¡ Ah ! la condesa.)

Señora, yo...

*Cond.* Extrañaréis

Mi tardanza...

*Gonz.* ¡ Yo, señora !

Faltaría á mi deber

De humilde y leal criado

Culparse de descortés.

Gonz. Perdonad. No fué mi intento  
Desairar... Me sentaré.

(Se sienta.)  
Cond. (Necia he sido en ofenderme

De su amable timidez.)  
Estadme atento, Gonzalo.  
Dos años ha que enviudé,  
Y no son tantos los míos  
Que me hayan de reprender  
Lenguas malignas si al yugo  
Otra vez doblo la sien.

Con mi nombre esclarecido  
Grandes bienes heredé,  
Y no quisiera dejarlos  
Á parientes que tal vez,  
Ó no me aman, ni yo á ellos,  
Ó no los han menester. —

¿Qué me aconsejáis, Gonzalo?

Gonz. Señora, difícil es  
Aconsejar en tan grave  
Materia, y más para quien,  
Falto de años y de ciencia  
Como yo...

Cond. No os excuséis.  
Sois adicto á mi persona : —  
Lo debo al menos creer.

Gonz. Yo os juro...

Cond. En vuestra alma noble

No cabe infame doblez,  
Ni la embriaga y la fascina  
El orgullo del saber.  
¿Qué consejero mejor  
Pudiera elegir?

Gonz. Pues ¿qué!

¿No tenéis otro, señora,  
Á cuya suprema ley  
So pena de eterno llanto  
Habréis al fin de ceder?

Cond. (¡ Oh cielos !...) ¿Cuál?

Gonz. Vuestro propio  
Corazón.

Cond. Sí; mas también  
Tiene la razón sus fueros,  
Y es forzoso...

Gonz. Ya lo sé;  
Y mejor que yo advertirlo  
Es que vos lo recordéis.  
Si en combate tan terrible  
Os halláis, y ha de vencer  
La razón, yo os aconsejo,  
Señora, que no os caséis.  
Conservad vuestra dichosa  
Libertad; que á una mujer  
Como vos honran, no afrentan,  
Las tocas de la viudez.

Cond. (¡ Oh palabras de consuelo...,  
Si no son pérfida red

De quimérica esperanza !

Me exhorta con viva fe

Á no dar mi mano... ¡ Ay Dios !

¿Mudará de parecer

Si lee al fin en mis ojos

Que la guardo para él?)

Gonz. (¡ Calla ! ¡ Plegue á Dios que en-  
[tienda

Que no la quiero entender !)

Cond. Muy cuerdo es vuestro dictamen !

Que es triste consorcio aquel

De quien la razón helada

Es el único sostén,

Pero si triunfa el amor,

Como suele suceder,

De esa razón impotente

Que le disputa el dosel,

¿Qué me diréis, don Gonzalo?

Gonz. Señora..., que no os caséis.

Cond. ¡ Ni á la razón ni al amor,

Me es lícito obedecer !

Luego, si el único puerto

Me vedáis que en el tropel

De las humanas pasiones

Me pudiera guarecer,

Á mi opinión ó á mi dicha

Por siempre renunciaré.

Gonz. ¡ Señora !...

Cond. Mas no creáis

Que tan opuestos estén

En mí esos dos sentimientos

Que á rigoroso nivel

Queréis sujetar. Supongo

Que vos no confundiréis

Con la razón verdadera

El sofisticado oropel

Que llaman razón de estado.

Prendas pudiera tener

El objeto de mi amor

Con que cien veces y cien

Supliera el fastuoso título

De un marqués... sólo marqués.

Amor, que no reconoce

Límites á su poder,

Iguala la humilde choza

Con el alto chapitel.

El amor, hijo de Dios,

Y Dios acaso también,

Es la ambrosía celeste

Que dulcifica la hiel

De nuestra mísera vida :

Es el bello rosicler

Que este valle de tinieblas

Convierte en risueño Edén :

Contra el rigor del destino

Es el más fuerte broquel :

Él sagaz descubre méritos

Que el mundo olvida ó no ve :

Gonz. (¡ Oh tormento ! ¡ Oh desventura !)

Señora... (¿Qué la diré?)

Cond. Conmovido estáis.

Gonz. ¡ Si !

Cond. Hablad

Gonz. Excusadme...

Cond. ¿Qué teméis?

Hablad : lo exijo.

Gonz. El respeto

Pone á mi labio un cancel.

Cond. Doleos de mi martirio,

Y aunque apure hasta la hez

La copa de la amargura...

Gonz. ¿No la pruebo yo también?

¿No os dice harto mi silencio

Si lo queréis comprender?

Cond. Mas ¿cuya será la culpa

Si no lo interpreto bien?

Yo os abro mi corazón,

Y del vuestro nada sé.

Gonz. Vos pedís una respuesta,

Y yo podría á mi vez

Haceros una pregunta

Con que os pudiera ofender.

Cond. Para salir de este empeño

Sobrado ingenio tenéis,

Sin forzarme á que deponga

Privilegios de mujer.

Gonz. No es de ingenio esta cuestión,

Señora : bien lo sabéis.

Cond. (¡ Oh suplicio !)

Gonz. Sólo un hombre

La pudiera resolver,

Y... si ese hombre... no soy yo...

Cond. Seáislo ó no, responded.

Gonz. Pues bien : si yo, por acaso,

Fuese el obscuro doncel

Que desde el polvo en que yace

Os plugiera enaltecer

Hasta la elevada esfera

Donde sol resplandecéis,

Turbado, absorto, confuso

Me postrara á vuestros pies...

(Lo hace.)

Cond. (¡ Alma, respira !)

Gonz. Y bañando

(Besando enternecido la mano de la  
condesa.)

La mano que me tendéis

Bondadosa en tiernas lágrimas

De gratitud...

Cond. (¡ Oh placer !)

Gonz. Diría : Guardad, señora,

Tan acrisolada fe

Para quien con otra igual

La pueda corresponder.

Cond. (¡ Gran Dios !)

Él la apacible modestia  
Premia, y su pálida tez  
Desgarra la baja envidia  
Cuando de mirto y laurel  
Ve coronada la frente  
Que blanco á su saña fué.  
¿Qué me importaría á mí  
La desdeñosa altivez  
Con que algún necio, prendado  
De su gótico pavés,  
Murmurase de mis bodas  
Porque no las hice, á fuer  
De rica hembra de Castilla,  
Con algún primo del rey?  
Yo, ufana de mi elección,  
Le sabría responder :  
Ved aquí el dueño adorado  
Que cautiva mi alma; ved  
Si más apuesto mancebo  
Y más digno de honra y prez  
Inventar puede el buril  
Ni imaginar el pincel.  
Si no es grande de Castilla  
Ni infanzón aragonés,  
Prendas y bríos le sobran  
Con que lo pudiera ser;  
Y, en fin, yo le quiero y basta;  
Y pues no hay razón ni ley  
Que acate el libre albedrío  
Para amar ó aborrecer,  
De mi propio corazón  
Yo sola quiero ser juez.

Gonz. No os censuro yo; os admiro.

Pero vos que encarecéis

Tanto el poder del amor. —

Y ¿quién lo resiste, quién? —

Mirad, señora, que es ciego;

Mirad no os lleve al través

De su venda engañadora

Donde naufrague el bajel

De vuestra dicha. Mirad

Si el que os dignáis de ascender

Á vuestros amantes brazos

No recibe harta merced

En permitirle que sea

De vuestra planta escabel.

Mirad que un día vos misma

Quizá os arrepentiréis...

Cond. No; ¡ jamás ! Podrá mi frente

Ceñir funesto ciprés

En vez de nardos y rosas,

Si con injusto desdén

Paga mi ternura inmensa

El hombre á quien sólo amé;

Mas ya en mi arbitrio no está

El dejarle de querer;

Que amor le grabó en el alma

Con inflamado cincel.

*Gonz.* Sellad esta frente,  
Que alzar á vos no osaré,  
Con hierros de esclavitud;  
Y si por sincero y fiel  
Á mi despecho os agravio,  
De mi vida disponed,  
Dad un tósigo á mi pecho  
Ó á mi garganta un cordel;  
Mas...

*Cond.* ¡Basta! ¡Oh rubor!...  
*Gonz.* ¡Qué digo!  
Despreciadme.

*Cond.* ¡Alzad!... Sí haré.  
(*Con imperio.*)  
(*Se levanta Gonzalo.*)

*Gonz.* ¡Así! Triunfad de vos misma  
Y admitid mi parabién.

*Cond.* ¡Eh, callad! (¡Perdida soy!)  
¿Cómo, villano soez,  
Osáis...? Mas tanto no debe  
Mi cólera descender  
Que honre con ella de un sandio  
La extraña ridiculez.

*Gonz.* ¡Señora!  
*Cond.* ¿Tan alta estima  
(*Con risa forzada.*)

De vuestra persona hacéis,  
Que fundando sobre el aire  
Otra torre de Babel,  
Por mí os juzgáis recuestado  
De amores que no soñé,  
Y en conflicto tan terrible  
Vuestro pudor defendéis  
Con la rudeza de Hipólito  
Y la virtud de José?

*Gonz.* Yo erré, señora. Ya veo  
Que este ha sido un entremés...

*Cond.* En que habéis equivocado  
(¡Oh angustia!) vuestro papel;  
Mas de un modo tan donoso  
Que siempre celebraré...

*Gonz.* Yo también celebro mucho  
El error que escarnecéis;  
Pero huiré la contingencia  
De volverlo á cometer.  
Calificadme de necio  
En buen hora. Yo no sé  
Si merezco ó no ese apodo;  
Pero me basta saber  
Que si aceptándolo os sirvo,  
Debo ufanarme con él:  
Que á mí no ha de estarme mal  
Lo que á vos os está bien.

## ESCENA V

LA CONDESA

(*Déjase caer en un sillón con el mayor abatimiento luego que Gonzalo desaparece.*)

¡No puedo más! ¡Me desprecia!  
¿Por qué el labio no fué mudo?  
El silencio era mi escudo. —  
¡Ay desventurada! ¡Ay necia!  
Mas si á morir me sentencio  
¿Qué importa en trance tan fuerte  
Que la voz me dé la muerte  
Ó que me mate el silencio?  
Al menos ese cruel  
Por quien mi amor desvaría,  
Cuando vea mi agonía  
Sabrá que muero por él;  
Y acaso por gratitud,  
Si su alma ahora es tan yerta,  
Alguna lágrima vierta  
Sobre mi negro ataúd. (*Se levanta.*)

¡No! Mi desventura extrema  
Pide al que así me escarnece,  
No que difunta me rece,  
Sino que airada me tema. —  
¡Ay! ni este acerbo placer  
Dará alivio á mi pesar;  
Que mal se puede vengar  
Quien no sabe aborrecer. —  
Ni es un crimen su desvío.  
¿Con qué ley, con qué razón  
Mandara en su corazón  
Yo... que no mando en el mío?  
¿Por qué á su noble entereza  
Achacar mi desventura,  
Y no ¡ay Dios! á mi locura  
Y á mi humillante flaqueza?  
¿Acaso su labio mismo,  
Que tan mal interpreté,  
No era rémora á mi pie  
Cuando corría al abismo? —  
Quizá algún día se apiade  
De mí; quizá la ambición  
Seduzca su corazón  
Si mi amor no le persuade. —  
Pero en tanto ¡ay Dios! se aleja  
Herido de mi despego.  
Injusta seré si niego  
Satisfacción á su queja.

(*Toca una campanilla.*)  
¿Otra vez, alma cobarde,  
Te rinde vana ilusión?  
¿Por qué al fin de la razón  
No oyes el grito?... ¡Ah! Ya es tarde.

## ESCENA VI

LA CONDESA, MARTÍN

*Mart.* Mande ucencia.

*Cond.* Ven acá.  
(¡Así á un ingrato me humillo!)  
¿Qué hace Gonzalo?

*Mart.* Su hatillo.

*Cond.* (¡Oh Dios!)

*Mart.* Dice que se va. —

Y es cosa que me ha pasmado;  
Que en todos sus menesteres  
Aquí está á cuerpo qué quieres,  
Y es más señor que criado. —  
Le habrá despedido ucencia.

*Cond.* Yo... Creo que sí.

*Mart.* ¡Lo dije!

Pues creo que no se aflige  
Por perder la conveniencia.  
Al contrario; muy en sí,  
Y con cara, no abatida,  
Sino de pascua florida...

*Cond.* Bien, bien. ¿Qué se me da á mí?...

*Mart.* Y con gozo estrafalario  
Le he visto sacar del pecho  
Una cosa... que sospecho  
Si será algún relicario;  
Y mientras doy á su ajuar  
Colocación oportuna,  
Besar la efigie con una  
Devoción particular.

*Cond.* ¡Una efigie!... ¿Tú la has visto?

*Mart.* Sí, señora; y en conciencia  
Puedo asegurar á ucencia  
Que no es la de Jesucristo.  
Por lo hermosa puede ser  
Un ángel del Paraíso,  
Si es creíble, ó si es preciso  
Que un ángel sea... mujer;  
Y si á los ángeles buenos  
No pertenece la estampa,  
Virgen es la que allí campa,  
Sobre poco más ó menos.

*Cond.* (¡Ama á otra el inhumano!)  
Yo lo debí recelar.)

*Mart.* Mas su modo de rezar  
Tiene un si es no es de profano.  
¿Qué sé yo?... Aquel regocijo...  
Salvo el « bendita tú eres  
Entre todas las mujeres »,  
Que eso bien claro lo dijo,  
Juro á fe de esclavo vuestro  
Que en su boca no se oía  
Ni jota de Ave-María  
Ni pizca de Padre-nuestro.

*Cond.* (¡Me reservaba mi estrella  
Este horrible torcedor!

¡Otra me roba su amor!  
¡Yo morir y triunfar ella!

*Mart.* Si ucencia no manda nada...

*Cond.* Martín, yo quiero saber  
El nombre de esa mujer,  
Su condición, su morada.

*Mart.* ¡Ah, es mujer!... Y a saco el hilo...  
No es el corte de la saya  
De ángel ni...

*Cond.* Cuando se vaya  
Le seguirás... con sigilo.

Yo te premiaré.

*Mart.* Se entiende.

*Cond.* Toma bien las señas...

*Mart.* Sí;

Y aun sin moverme de aquí  
Doy ya con la dama duende.  
Cartas que vienen y van...  
Sin saberlo he sido yo  
Correo...

*Cond.* ¡Ah! ¿La has visto?

*Mart.* No;

No he pasado del zaguán. —

Ucencia por compasión

Querrá excusarle petardos  
Y que se ande á picos pardos...

*Cond.* ¡Bien está!...

(*Impaciente y agitada.*)

*Mart.* ¡Qué corazón!

*Cond.* (¡Ah! El rey... Mi influjo en Pa-  
[lacio...  
(*Como poseída de una idea repentina.*)

¡Sí! No le pierdas de vista.

*Mart.* Yo le seguiré la pista...  
(*Mira adentro.*)

Aun está allí. Va despacio.

*Cond.* (Un mismo dardo nos hiera.)

*Mart.* Ucencia sabrá muy pronto  
Todo lo que hay. ¿Soy yo tonto?  
(Y más de lo que quisiera.)

*Cond.* (Infiel, tu loca esperanza  
Sabré yo frustrar también,  
Y pues lloro tu desdén,  
Tú llorarás mi venganza.)

## ESCENA VII

MARTÍN

He aquí un chisme... venial,  
Que, si el demonio lo enreda,  
Va á mover más polvareda  
Que una batalla campal.

## ACTO SEGUNDO

Cámara real en el palacio de Madrid. La puerta de antecámara en el foro: la de las habitaciones privadas del rey, á la derecha: la del cuarto de la infanta, al mismo lado, más hacia el foro: otras dos puertas laterales á la izquierda.

## ESCENA PRIMERA

EL REY, QUEVEDO

(Quevedo aparece: el rey sale con un papel en la mano.)

Quev. ¡ Señor !...

Rey. ¡ Salud al insigne

Quevedo !  
Quev. Á esos pies...

Rey. Alzad.

(Deteniéndole.)

Con mi concedido al margen  
(Dándole el papel.)

Os devuelvo el memorial  
De vuestro cliente.

Quev. Doy  
Á vuestra real majestad  
Las gracias... y el parabién  
Por un acto en que á la par  
Brillan su recta justicia  
Y su ingénita bondad.  
En mozo honrado y discreto  
Así el mérito premiáis  
De su padre, que lidiando  
Treinta años por tierra y mar,  
En defensa de su rey  
Vertió su sangre leal.

Rey. ¿Qué en efecto era valiente  
Soldado?

Quev. Y tal que quizá,  
Inmolado á la impericia,  
Por no decir algo más,  
Del maldito Conde-Duque,  
Á vos y al reino fatal,  
Fué el último veterano  
Que sin dar un paso atrás  
Moribundo os saludó  
Monarca de Portugal.

Rey. Sin ese triste recuerdo  
Con que el alma me ulceráis,  
Para tan corta merced  
Sobraba á mi ánimo real  
La intercesión de un amigo,  
Á quien yo deseo dar  
Pruebas más calificadas

De mi liberalidad.

Quev. Para quien nada ambiciona  
Hartas son las que me dais.  
Basta á un hidalgo caduco  
La torre de Juan Abad;  
Á un filósofo sus libros;  
Á un poeta un madrigal;  
Y á un caballero cristiano  
Esta insignia militar,

(Mostrando la cruz de Santiago.)

Que es terror de los herejes  
Y *exi-foras* de Satán.

Así, sin que vuestra gracia  
Coarte mi libertad,  
Podré, exento de envidiosos,  
Vivir y morir en paz.

Rey. Sea, pues vos lo queréis. —  
Y ahora, ¿en qué os ocupáis,  
Príncipe de los satíricos  
Castellanos?

Quev. ¡ Pche !

Rey. Mostrad

Una de esas invectivas  
En que sabéis asociar  
Á la elegancia de Horacio  
El nervio de Juvenal.  
¿Qué tenemos? ¿Prosa, ó verso?  
¿Qué jácara de rufián,  
Qué alguacil *alguacilado*, —  
Adjetivo singular

Que sólo inventar pudieran  
Vuestro ingenio y vuestra sal —  
Ó qué doctor antropófago,  
Ó qué escribano rapaz  
Son blanco de vuestros tiros?

Quev. Acabo de emborronar  
Una letrilla incorrecta...

Rey. ¿Contra quién, vate mordaz?  
Quev. Quizá no es para leída  
Á un monarca tan galán.

Rey. No puede á mí disgustarme  
Cosa que vos escribáis,  
Amigo mío.

Quev. ¿ Aunque sea  
Contra las hijas de Adán?

Rey. ¿ Otra vez? ¡ Pobres mujeres !  
Sois su enemigo mortal.

Quev. No; pero juez inflexible,  
Digo siempre la verdad.

Rey. Leedme, pues, la letrilla,  
Y luego que concluyáis,  
Defendiendo yo á las damas  
Seré juez más imparcial.

Quev. Cuentan de un corregidor,  
(Sacando un papel y leyéndolo.)

Nada bobo,  
Que siempre que al buen señor

Denunciaban muerte ó robo,  
Atajaba al escribano  
Que leía la querrela,  
Diciéndole: ¡ al grano, al grano !  
¿ Quién es ella?

Y como hombre procedía  
De gran seso

Quien tal actuación ponía  
Por cabeza del proceso;  
Que en vano más de una vez  
Se sigue al crimen la huella  
Por no preguntar el juez:  
¿ Quién es ella?

En todo humano litigio —  
¡ No hay remedio ! —  
Á no obrar Dios un prodigio,  
Habrá faldas de por medio:  
Danza en todo una mujer,  
Casada, viuda ó doncella;  
Luego, el hito está en saber  
¿ Quién es ella.

Si Adán perdió el Paraíso, (1)  
Fué por Eva,  
Que probar vedada quiso  
No sé si manzana ó breva.  
Desde entonces con profundo  
Pesar pudo conocella;  
Desde entonces sabe el mundo  
¿ Quién es ella.

Si ves hecho polvo el muro  
Que fué Troya,  
Merced al griego perjuro  
Y á su bélica tramoya,  
Suspende el fallo severo

(1) Hay en esta estrofa una incorrección, que consiste en estar asonantados entre sí todos los versos pares. Ha procurado el autor construirla de nuevo, y no lo ha sabido hacer sin detrimento del concepto ó de la expresión. La ha dejado, pues, como estaba; y si en efecto esta letrilla, unánimemente celebrada, no deduce mucho de las que escribió el personaje en cuya boca se pone, permitase al poeta moderno alegar en descargo del indicado defecto lo frecuente que era en los poetas castellanos de otros siglos y en el mismo Quevedo. Para probar este aserto se pudieran multiplicar citas; pero bastarán los siguientes versos de la letrilla que lleva por estribillo y NO LO DIGO POR MAL, una de las mejores de tan eminente escritor.

Con más barbas que desvelos  
El letrado caza puestas;  
La caspa alega por testos;  
Por leyes cita los pelos  
Á puras barbas y duetos, etc.

Aquí, no sólo están las rimas asonantadas, sino que no hay versos intermedios que atenúen el mal efecto de la asonancia. Pero ¡ qué son este y otros leves lunares, en que por inadvertencia incurrian hombres de ingenio tan superior, comparados con las infinitas bellezas de pensamiento y de estilo que brillan en sus obras!

Entre esta nación y aquella  
Hasta que te diga Homero  
¿ Quién es ella.

Si á Blas, no el lazo, la albarda  
De Himeneo  
Sólo de su hacienda guarda  
Lo arrepentido y lo feo,  
No preguntes: ¿ cómo Blas  
Nació con tan mala estrella?  
Pregunta, y acertarás:  
¿ Quién es ella?

Si en la calle siento ruido  
De camorra,  
Y algún *quidam* mal herido  
Grita: ¿ no hay quién me socorra?,  
*Requiescat* digo al difunto,  
Doy paso al que le atropella,  
Y en la taberna pregunto  
¿ Quién es ella?

Si ves postrado en el lecho  
Del dolor  
Á algún mozo de provecho,  
No le preguntes, doctor,  
Qué reuma ó qué tabardillo  
En su salud hizo mella;  
Pregúntale, — es más sencillo, —  
¿ Quién es ella?

Es un sexo amable, lindo...  
Sí, una plata;  
Yo lo confieso..., y prescindo  
De la vieja y de la chata;  
Pero escamado y cobarde  
Digo ¡ zape ! á la más bella;  
Que temo saber ¡ muy tarde !  
¿ Quién es ella.

Rey. Escrita está con veneno.  
Quev. Señor, yo...  
Rey. ¿ Qué pertinacia !  
Quev. Si vos...  
Rey. Aplaudo la gracia,  
Mas la doctrina condeno.  
¡ Tratar con fiero desdén  
Á un sexo tan celestial !  
Juzgáis á las hembras mal...

Quev. Porque las conozco bien.  
Rey. Á mozuelas embaidoras  
Tal vez.

Quev. Yo...  
Rey. Sed más sincero;  
No midáis por un rasero  
Á justas y á pecadoras.  
Quev. Desgracia mía será...  
Cada cual acá en Iberia  
Habla, señor, de la feria  
Según en ella le va.

No espere en noble conquista  
Las rosas de Citea  
Un pobre hidalgo de aldea  
Corto de bolsa y de vista;  
Mas príncipe tan bizarro,  
Y emprendedor como Jove,  
No es mucho que á Venus robe  
Las palomas de su carro.  
Quien caza con tales redes  
No es mucho que al lauro aspire,  
Ni que virtudes inspire  
El que derrama mercedes.  
*Rey.* No es triunfo de buena ley  
Triunfo que estriba en un nombre;  
Que tal vez usurpa el hombre  
Los lauros que ciñe el rey,  
*Quev.* No el que merece *in utroque*  
Como vos...

*Rey.* Lisonja.

*Quev.* No.

Pero un pobre como yo,  
Que no soy ni rey ni roque...  
*Rey.* ¿Por qué tenéis tanto miedo,  
Por qué tan mala opinión  
De la mujer? — ¡ Ah!... ¡ Chitón!  
Casado fuisteis, Quevedo.

*Quev.* Permitidme repeler  
Ese punzante epigrama;  
Que mi esposa fué muy dama  
Y muy honrada mujer.

*Rey.* Lo sé.

*Quev.* Á no serlo...

*Rey.* Advertid

Que es chanza...  
*Quev.* Muerto la hubiera,  
Como maté á la pantera  
Que fué terror de Madrid.  
Mas si en su justa alabanza  
Mi fe nupcial se acrisola,  
Ella al fin era *una sola*...  
¡ Y se llamaba *Esperanza!*  
Muerta la *Esperanza* mía,  
¿Dónde plebeya ni hidalga,  
Dónde, hallar otra que valga  
Lo que mi esposa valía?

*Rey.* Si tal, si se buscan bien  
Y se juzgan sin pasión.  
No ha de faltar ocasión,  
Si vivís y yo también,  
En que confesar os haga...

*Quev.* Muy difícil me parece.

*Rey.* Pero...

*Quev.* Me quedo en mis trece.  
La mujer es una plaga...  
Vuelvo á mi corregidor  
Y á su constante refrán.  
Si malas nuevas me dan,  
Sintiendo al punto el olor

De alguna toca traidora,  
De alguna pícara saya,  
Diré *¿quién es ella?*

*Ujier.* El aya  
(*Á la puerta del foro.*)

De la infanta mi señora.

*Quev.* ¿Será agüero?... ¡ Ojo avizor!  
(*En voz baja.*)

*Rey.* Que entre.  
(*Al ujier, y éste se retira.*)  
¿Qué puedo temer  
(*Á Quevedo.*)

De ella?

*Quev.* ¿Qué sé yo?... Es mujer.

*Cond.* Dios guarde al rey mi señor.  
(*Á la puerta.*)

## ESCENA II

EL REY, QUEVEDO, LA CONDESA

*Rey.* Entrad, querida condesa.  
Bella venís y radiante  
Como nunca.

*Cond.* No merece,  
Señor, quien tan poco vale  
Ese halagüeño saludo.

Viuda...

*Rey.* Pero muy amable.  
Yo apuesto á que don Francisco  
Es de mi propio dictamen.

*Cond.* Perdida soy si él me juzga.

*Quev.* ¿Por qué? ¿Tan poco galante  
Soy yo?

*Cond.* Odiáis á las mujeres.  
*Quev.* Pero adoro á las deidades.  
*Rey.* Si á pedir alguna gracia

Venís á quien nada sabe  
Negaros, me holgara mucho  
De que en ello fuese parte,  
Condesa, el dulce propósito  
De contraer nuevo enlace.

*Cond.* (¡ Oh Dios mío! ) No, seño:  
Bien me estoy así.

*Rey.* No obstante...  
*Cond.* Permitid que os manifieste  
El objeto que me trae

Á vuestras plantas. La augusta  
Princesa, mi interesante  
Alumna, doña María  
Teresa de Austria, á quien guarde  
Dios mil años...

*Rey.* ¿Qué sucede?  
Hablad.

*Cond.* No se sobresalte  
Vuestra majestad. La tierna

Infanta, robusta y ágil,  
Á sus años se adelanta  
En ingenio y en donaire,  
Y ya, aunque niña, da muestras  
De su preclaro linaje.

*Rey.* Decidme pues...

*Cond.* Habéis dado

Licencia para casarse  
Á Constanza su menina,  
Y es fuerza que esta vacante  
Se provea.

*Rey.* Sí, es verdad.

No quiero que nada falte  
Á mi hija.

*Cond.* Si ya no habéis  
Concedido honor tan grande  
Á otra persona, una joven  
Os propondré que reemplace  
Á Constanza dignamente.

*Rey.* No he dado palabra á nadie...

*Cond.* (¡ Albricias! )

*Rey.* Y agravio haría,  
Condesa, á vuestro carácter  
De aya de mi hija, y al celo  
Con que la servís de madre  
Desde que perdió la suya,  
Que en eterna paz descanse,  
Si en cuanto cumpla á su gusto  
Y á su servicio dejase  
De consultaros.

*Cond.* Me honráis,  
Señor...

*Rey.* ¿Quién es la aspirante?

*Cond.* Una pobre huerfanita  
Honrada, de noble sangre,  
Bien educada, modesta...

*Quev.* ¿Y hermosa?  
*Cond.* ¡ Oh! sí, como un ángel.  
(¡ Por mi desgracia... y la suya! )

Mas no es esto lo que la hace  
Recomendable á mis ojos...

*Rey.* ¿Por qué no? Un bello semblante  
Siempre es buena credencial.  
Tierno y solícito padre,  
Quiero que á mi niña amada  
Acaricien y acompañen  
Ángeles que la sonrían,  
Y no cocos que la espanten.

*Cond.* Es hija de un capitán  
Que fué reformado en Flandes,  
Y víctima del protervo  
Conde-Duque de Olivares,  
Murió en la miseria.

*Quev.* ¿Oís?  
Con él era un santo el Draque. —  
Mas no supo, por lo visto,  
Que había una bella al margen;  
Que á saberlo, ¡ á buen seguro

Que se hubiera muerto de hambre  
El reformado! — Y ¿qué luz  
Os condujo al miserable  
Tugurio donde ignorado  
Se escondía ese diamante?  
Sin duda la caridad  
Cristiana...

*Cond.* El acaso... (El áspid  
De mis celos.) Me habló de ella  
Un prelado respetable...

*Rey.* En fin, vos la proponéis,  
Y para que á mí me agrade  
Con eso basta.

*Cond.* Sabiendo  
Que nunca se acude en balde  
De vuestra regia piedad  
Al tesoro inagotable,  
Traigo conmigo á la huérfana...

*Rey.* ¡ Oh! hacédla entrar al instante.

## ESCENA III

EL REY, QUEVEDO

*Quev.* ¡ Hum!... Aquí hay gato encerrado  
*Rey.* ¿Eh?

*Quev.* Quiera Dios que me engañe,  
*Rey.* No deliréis. ¿Qué misterio  
Cabe...?

*Quev.* Dios y ella lo saben.

## ESCENA IV

EL REY, QUEVEDO, LA CONDESA,  
ISABEL

*Cond.* Andad. No os turbéis.

*Rey.* (¡ Qué hermosa! )

Llegad.  
*Isab.* ¡ Señor!, vuestros pies...

*Rey.* Alzad. (¡ Cielos! )

*Quev.* ¡ Bella es!  
(*Aparte con el rey.*)

*Rey.* ¡ Un querubín! ¡ Una diosa! —  
Mil y mil gracias os doy  
Y os las dará la princesa  
Por tal presente, condesa.

*Cond.* (Me vengaré.)

*Rey.* (¡ Loco estoy! )

*Cond.* Nunca yo me interesara  
Por quien menos mereciera.

*Rey.* Seréis desde hoy camarera  
(*Á Isabel.*)

De la infanta. (¡ Oh, linda cara! )  
*Isab.* Beso por tan alto honor,